

Robert Kagan, *El retorno de la historia y el fin de los sueños*, México, Taurus, 2009, 181 pp.

Por José Miguel Candia*

El derrumbe del Muro de Berlín en noviembre de 1989 y la implosión del bloque soviético poco después parecían sentar las bases de un nuevo orden internacional. En este contexto, prometedor y cargado de esperanzas, resultaba sensato pensar que las controversias político-ideológicas se desvanecerían: los Estados-nación debían unificarse o estaban condenados a debilitarse, la ciencia y la cultura aportarían lo mejor de cada una de ellas en un crisol de valores universales y los bloques económicos rectores del comercio mundial se encargarían de impulsar el mayor de sus esfuerzos con el fin de asegurar la libre movilidad del capital, la tecnología y la fuerza de trabajo. De esta forma se ponía fin al conflicto ideológico que dominó la segunda posguerra y en paralelo se dejaban en el sótano de los muebles viejos todos los antagonismos políticos y económicos vinculados al núcleo de esa rivalidad que marcó las relaciones internacionales entre 1945 y 1989.

Pero bastaron pocos años para confirmar que la humanidad se encontraba instalada en un salón de juegos macabros rodeada de espejos en los cuales se distorsionan las figuras. Las esperanzas y sueños, que estaban plenamente justificados a principios de los años noventas del siglo pasado, eran la expresión de un optimismo comprensible en quienes entendieron que las naciones protagonistas de la Guerra Fría pasaron, de manera súbita, a compartir una agenda de objetivos comunes, incluida la integración económica y política. Señala Robert Kagan que en la mayoría de los análisis y estudios posteriores a la desaparición de la Unión Soviética predominó cierta ingenuidad determinista. Una lectura de este tipo explica que los gobernantes de la última década del siglo veinte sostuvieran que el proceso de globalización generaría por sí mismo las condiciones propicias para que el conjunto de las economías nacionales adoptaran el modelo capitalista neoliberal como estrategia de crecimiento y la democracia representativa como régimen político de gobierno. Kagan recuerda la afirmación del filósofo Francis Fukuyama que en 1990 conmovió a las principales dirigencias políticas de occidente: "... al final de la historia, a la democracia liberal no le quedan competidores ideológicos serios".

* Sociólogo. Doctor en Estudios Latinoamericanos por la UNAM. Consultor de la Dirección General de Empleo de la Secretaría del Trabajo y Previsión Social, México.

El determinismo ideológico y económico de los años inmediatos al fin de la Guerra Fría generó dos grandes paradigmas que actuaron como supuestos teóricos del pensamiento social poscomunista: a) la aceptación, como principio articulador de las relaciones entre los pueblos y los Estados, de que el progreso humano es un proceso inevitable y que la historia se mueve en una sola dirección: la de la primacía de la razón y la supremacía de la ciencia sobre los postulados teológicos (un principio heredado de los filósofos de la Ilustración), y b) la confianza de que una política inteligente de *contención* constituía una barrera eficaz para moderar la política exterior de los regímenes autoritarios (filocomunistas, populistas, simpatizantes de los fundamentalismos religiosos, etcétera).

En el terreno militar el fortalecimiento de la OTAN era el instrumento capaz de disuadir cualquier aventura bélica contra occidente, y en el ámbito económico el mayor involucramiento de Rusia, China y los países árabes —aun bajo el mandato de gobiernos antiestadounidenses— en un mercado mundial crecientemente globalizado, facilitaría el tránsito hacia estrategias menos beligerantes y de mayor cooperación entre oriente y occidente. Estaban dadas las condiciones para el ingreso a una nueva era de *convergencia internacional*.

Como lo señala el propio autor, se trató de un espejismo que se desvaneció en pocos años. El rápido ascenso de las economías de Rusia y China bajo el control de gobiernos autocráticos —el presidente Putin abandonó las promesas de cambio de régimen institucional que prometieron Gorbachov y Boris Yeltsin— y la persistencia del sistema de partido de Estado en China fueron las primeras grandes decepciones que debieron afrontar las potencias occidentales. Otros países, más cercanos a los intereses de Estados Unidos y Europa, se transformaron, en poco tiempo, en un nuevo dolor de cabeza para la doble estrategia de contención militar e integración económica mediante la cual se buscaba allanar el camino hacia un nuevo marco de comunión de principios y convivencia pacífica.

India emergió, en pocos años, como un gran productor de tecnologías avanzadas y, lejos de acatar las sugerencias de los gobiernos estadounidenses, ha multiplicado su arsenal nuclear con lo cual mantiene un frágil equilibrio político y militar con su vecino y eterno rival: Pakistán. El gobierno comunista chino optó por una fórmula tan cínica como pragmática: supo instrumentar el discurso occidental que promueve la instauración de la libre empresa y el fomento de las inversiones extranjeras mientras conserva un sistema político de férreo control interno y de monopolio partidista en el manejo de los asuntos del Estado.

Pero el problema de mayor preocupación para Estados Unidos y la Unión

Europea es, sin duda, la emergencia de los países islámicos con capacidad de desarrollo de una industria nuclear propia o de constituirse en bases de organización y adoctrinamiento de los grupos islámicos radicales. El caso de Irán es el tema número uno en la agenda por su capacidad de desarrollo de la industria nuclear, pero el fuerte activismo de las agrupaciones islámicas en Irak, Afganistán, Yemen y en ciertas regiones de Pakistán abre violentos frentes de lucha para el ejército y la diplomacia de Estados Unidos.

Robert Kagan —un estudioso de la nueva situación internacional que no oculta, en ningún capítulo de su libro, sus simpatías por la globalización económica, por las supuestas bondades de la economía capitalista y por los atributos de la democracia liberal— manifiesta en una sola frase un juicio que es más que una advertencia: “La historia ha vuelto, y las democracias tienen que unirse para darle forma, ya que de lo contrario serán los demás quienes se la den en su lugar” (p. 13).